

Cuadernos del Sur

AÑO 13 - N° 24

Mayo de 1997

Tierra del Fuego

Capital fin de siglo

Michel Husson



“Lo que conocemos bajo el nombre de Gran Depresión, que comenzó en 1873, se manifestó brutalmente en 1880 y 1889 y prosiguió hasta 1895, debe ser considerado como la línea divisoria entre dos estadios históricos distintos del capitalismo”.¹ La primera de las ondas largas del siglo XX comenzó así hace justo cien años. Este artículo querría beneficiarse de cierta coincidencia para proponer una rápida puesta en perspectiva histórica del capitalismo francés y extraer de esta observación a escala del siglo algunos elementos útiles para la comprensión de su evolución actual.

Una periodización

El término onda larga designa un movimiento de largo plazo de la economía capitalista, cuya teoría fue sistematizada en particular por Ernest Mandel en su obra famosa de 1980.² Si esta teoría suscitó abundantes debates, la realidad empírica es fácilmente observable y poco discutida: el siglo XX hace aparecer claramente dos ondas largas, todavía llamadas ciclos Kondratieff. Gracias a Pierre Villa,³ se dispone hoy de una preciosa fuente de datos que permiten proponer una representación muy legible de esta sucesión de dos ciclos largos separados por la segunda guerra mundial (gráfico 1).

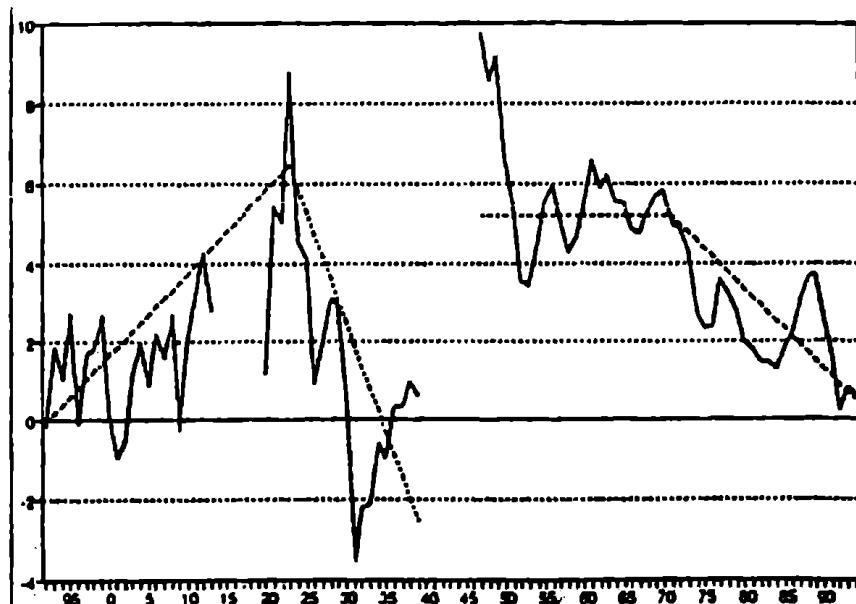
Cada una de las dos ondas largas se subdivide en dos fases que se bautizaron tradicionalmente “fase expansiva” (fase A) y “fase recesiva” (fase B). Puede así proponerse el siguiente recorte, combinado con nombres aproximativos para volver esta cronología menos abstracta.

Onda larga I - Fase A: 1890 a 1924 (la *Belle Epoque*) - Fase B: 1925 a 1939 (el período entre-guerras).

Onda larga II - Fase A: 1949 a 1973 (la *Edad de Oro*) - Fase B: 1974 a ... (la austeridad).

* Publicado en *Critique communiste*, núm. 143, París, 1995.

GRÁFICO 1: LAS ONDAS LARGAS EN FRANCIA



Este recorte plantea una primera dificultad que consiste en la manera de “clasificar” el período 1919-1924, marcado por un crecimiento muy fuerte (del 5 al 6% por año). Se considera generalmente al período entre-guerras aparte en conjunto pero, en el caso francés en todo caso, este ciclo de la inmediata posguerra se situa totalmente en la prolongación de la expansión de comienzos de siglo. Nosotros adherimos más bien aquí a los argumentos de Jacques Mazier⁴ que ve allí principalmente un período de recuperación ligado a la reconversión de la economía de guerra, mientras que Robert Boyer insiste más bien sobre los elementos de puesta en práctica del taylorismo, aunque reconociendo en general que “la interpretación en términos de recuperación y la interpretación en términos de bloqueo del esquema de acumulación no hacen sino traducir dos aspectos diferentes, y finalmente contradictorios, de una misma realidad”.⁵ Esta cuestión no es formal, pues señala la diferencia de status de las dos guerras mundiales: la primera se inscribe en una fase expansiva, mientras que la segunda marca el fin de una fase recesiva. Recordemos al pasar que el fin de la Gran Depresión de fines del siglo XIX no ha sido acompañado por ningún conflicto a escala mundial.

La Gran Crisis de los años treinta representa una ruptura considerable, iniciada ya con la recesión de 1925. El período que entonces se abre no será cerrado, en cierta forma, más que por el fascismo y la segunda guerra mundial. Esta representa un cambio absolutamente

radical porque abre un período excepcional que hemos elegido llamar, después de otros, la *Edad de Oro*. Los elementos de esta ruptura son bien resumidos en la tabla 1, que muestra la evolución del crecimiento y del empleo en el largo período.

Lo que sorprende inmediatamente es el carácter excepcional del período 1949-1974, marcado por una progresión impresionante de la producción y de la productividad, que crecen una y otra 5% por año durante veinticinco años, mientras que el PBI no había aumentado sino un poco más del 50% entre 1896 y 1939. La producción se multiplica por más de 3,5 veces durante estos años, de los que se ha retirado voluntariamente el período de reconstrucción de la inmediata posguerra. Hay ahí, evidentemente, un cambio cualitativo que trastorna enteramente las dinámicas sociales: a semejante ritmo, son suficientes catorce años para duplicar el nivel medio de vida.

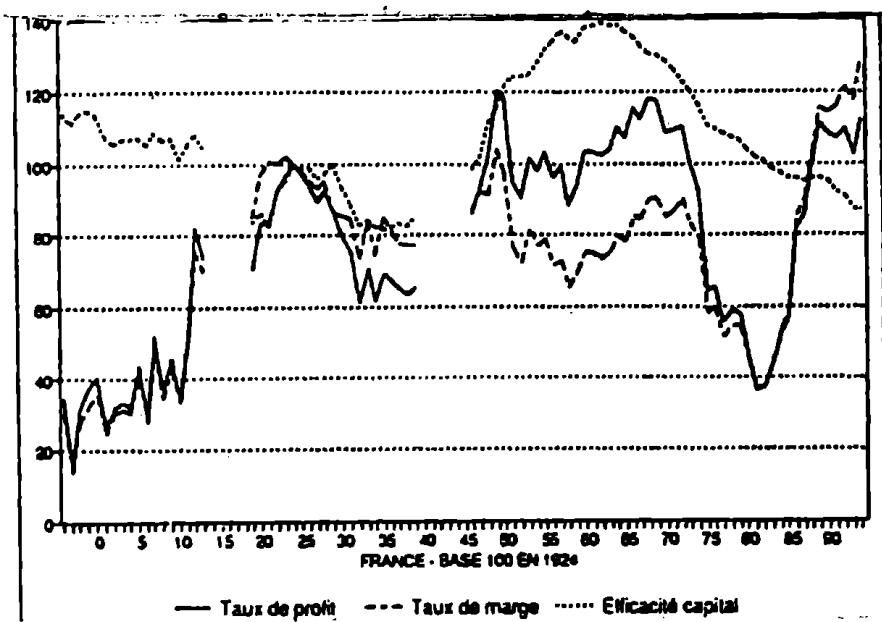
La dinámica de la ganancia

Esta sucesión de fases puede interpretarse a partir de la dinámica de la tasa de ganancia. Esta variable central es a la vez una resultante, un determinante y un indicador sintético. Su evolución deriva del modo de reparto del valor agregado y de la eficacia del capital. Su nivel determina la tasa de acumulación del capital y la evolución de la productividad que deriva de ella, y esta última retroactúa sobre los componentes de la tasa de ganancia. Es en fin una variable sintética que mide la capacidad del capital para asegurar a la vez la rentabilidad y la adecuación de los mercados a la producción.

Salvo en el último decenio, y ésta es una constatación sobre la que será necesario volver, la tasa de ganancia permite reencontrar el ritmo económico secular del capital, y sigue de cerca las evoluciones de la tasa de crecimiento de la producción (gráfico 2). Aumenta regularmente durante la *Belle Epoque* para no revertirse verdaderamente sino a partir de 1925. Después decrece regularmente durante todo el período entre-guerras. La segunda guerra mundial permite un restablecimiento significativo (a diferencia de la primera, que no había representado desde este punto de vista una ruptura) y la tasa de ganancia se mantiene a continuación a un nivel elevado durante toda la *Edad de Oro*. La entrada en la crisis es acompañada por una caída brutal de la tasa de ganancia, que es compensada en la segunda mitad de la fase neoliberal, a partir de mediados de los años ochenta.

Sin embargo, las dos ondas largas hacen aparecer importantes dife-

GRÁFICO 2: LA TASA DE GANANCIA Y SUS COMPONENTES



rencias si se analizan por separado los componentes de la tasa de ganancia. El primero es la tasa de margen que relaciona la ganancia con el valor agregado y que puede ser considerada como una aproximación a la tasa de plusvalía. El segundo elemento es la eficacia del capital, o dicho de otra manera la relación producto/capital en volumen. Este remite indirectamente a la noción de composición del capital, pero podría ser más bien interpretado como indicador de rendimiento de la acumulación. Una baja de la eficacia del capital señala que es necesario, para obtener una misma ganancia de productividad, un acrecentamiento siempre más rápido del capital per cápita. Es esto lo que se produce de manera permanente durante la primera onda larga, a excepción de la inmediata posguerra, y se puede entonces hablar de tendencia al aumento de la composición orgánica. Pero ésta es ampliamente compensada durante la *Belle Epoque* por un aumento muy marcado de la tasa de explotación, que corresponde a una progresión del salario real ampliamente inferior a la de la productividad. Al cabo de un cierto tiempo, esta tendencia termina por invertirse, primero porque el salario real comienza a aumentar un poco más y a continuación porque la productividad aminora su velocidad. La reversión de la tasa de plusvalía viene entonces a ajustarse a los efectos de la pérdida de eficacia del capital, y termina por acarrear una fuerte degradación de la tasa de ganancia que es acompañada por un retroceso neto de la producción.

Este esquema es compatible con la expresión clásica de la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia, que no implica por lo demás que esta última baje constantemente. Pero las razones que permiten elevar constantemente la rentabilidad durante la fase expansiva terminan por revelarse como contraproyectivas y por desembocar en una fase depresiva larga en la que la economía francesa quedaba atascada al comienzo de la segunda guerra mundial.

La segunda onda larga presenta a la vez similitudes y características excepcionales. En modo muy general, la tasa de beneficio sigue el mismo camino: se estabiliza a un nivel elevado y tiende incluso a aumentar durante la *Edad de Oro*. Después sobreviene la crisis que se traduce en un hundimiento de la tasa de beneficio. Es necesario señalar en el caso francés la particularidad del ciclo 1968-1973 que, bajo el impulso de los altos salarios, se traduce en una recuperación del crecimiento acompañada por una progresión de la rentabilidad, pero también por un aumento muy marcado de la composición del capital. Las diferencias específicas asociadas a tal ganancia pudieron enmascarar el rol central de la tasa de ganancia en el desencadenamiento de la crisis.

Pero la tasa de ganancia no es simplemente una variable de registro de las contradicciones capitalistas; contribuye, a su vez, a determinar el crecimiento. Para comenzar, influye directamente sobre la tasa de acumulación, dicho de otra manera, sobre el crecimiento del stock de capital: en las dos ondas largas, la tasa de acumulación aumenta en la fase A y después cae en la fase B. Es ahí donde interviene una de las relaciones fundamentales de la economía capitalista, que se podría llamar función de producción global, y que asocia a una tasa de acumulación dada una tasa de crecimiento dada de la productividad. Esta relación

TABLA 1: PRODUCCIÓN, EMPLEO, PRODUCTIVIDAD

	Onda larga I		Onda larga II		El ciclo 1896-1994
	A 1896-1924	B 1925-1939	A 1948-1974	B 1974-1994	
Producto interno bruto	2,4	0,2	5,2	2,1	2,2
Productividad horaria	2,6	1,5	5,2	2,6	2,7
Volumen de trabajo	-0,3	-1,2	0,0	-0,5	-0,4
Duración del trabajo	-0,5	-0,8	-0,4	-0,7	-0,6
Empleo	0,3	-0,4	0,4	0,2	0,2

Todos los promedios anuales están en porcentajes. Fuente: Villa, OCDE.

es muy marcada a lo largo de todo el siglo y es una de las variables que "marca" más las diferentes fases. La productividad del trabajo aumenta más rápidamente en las fases ascendentes que en las fases descendentes (ver tabla 1).

La escritura de las condiciones de mantenimiento del nivel de la tasa de ganancia permite establecer un lazo entre ganancia, productividad y crecimiento. Sin entrar aquí en el detalle de los cálculos aritméticos, puede mostrarse que esta condición se puede expresar bajo la forma de una coacción salarial: ésta define el crecimiento del salario real más allá del cual la tasa de ganancia comienza a bajar. Se expresa en función de dos magnitudes claves: de una parte el producto por cabeza (la productividad del trabajo), de otra parte el producto por unidad de capital (también llamada productividad o eficacia del capital). Estas dos magnitudes son ponderadas por coeficientes que dependen ellos mismos de la parte de los salarios en el valor agregado. Esta fórmula es intuitivamente simple de comprender: enuncia que el salario real puede aumentar sin degradar la tasa de ganancia, en la medida en que este crecimiento es compensado por un aumento de eso que se llama a menudo la productividad global de los factores. Si la eficacia del capital es constante, entonces es suficiente para asegurar el mantenimiento de la tasa de ganancia que el salario aumente al mismo ritmo que la productividad: es el caso particular de la *Edad de Oro*, donde la parte de los salarios permanece constante. Si hay degradación de la eficacia del capital, el salario debe crecer menos rápido que la productividad del trabajo, a fin de compensar esta pérdida de eficacia desde el punto de vista de la rentabilidad.

Esta relación ha sido utilizada para construir la tabla 2, que propone

TABLA 2: PRODUCTIVIDAD Y CONTRATO SALARIAL

	Onda larga I		Onda larga II		El ciclo
	A 1896-1924	B 1925-1939	A 1948-1974	B 1974-1994	
Productividad del trabajo	2,1	0,6	4,8	1,9	2,1
Productividad del capital	0,4	-1,1	0,2	-1,4	-0,3
Productividad global	1,5	0,1	3,3	0,8	1,2
Contrato salarial	2,3	0,1	4,9	1,2	1,7
Salario efectivo	0,7	0,5	4,7	2,0	1,9
Producto interno bruto	2,4	0,2	5,2	2,1	2,2

Todos los promedios anuales están en porcentajes. Fuente: Villa, OCDE.

una grilla de lectura de las grandes fases del siglo. Se constata que la marcada disminución en el ritmo de crecimiento de la productividad global de los factores que caracteriza a las fases B proviene a la vez de una disminución en el ritmo de crecimiento de la productividad del trabajo y de una degradación de la eficacia del capital. La coacción salarial se endurece y el nivel de la tasa de beneficio tiende a degradarse cuando se pasa de la fase A a la fase B. De manera significativa, el ritmo de crecimiento tiende a alinearse sobre la coacción salarial así definida.

Este análisis conduce a varias proposiciones importantes. Permite comprender en primer lugar cómo –*vía* la productividad y la coacción de rentabilidad– la tasa de crecimiento está ligada al nivel de la tasa de ganancia. Toda disminución en el ritmo de crecimiento de la productividad se traduce en una disminución en el ritmo de crecimiento de la producción porque el sistema postula que la tasa de ganancia debe ser mantenida: es esto lo que permite comprender el aumento del desempleo de masas, que es propiamente hablando un desempleo capitalista.

Esta presentación establece un vínculo entre la ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia y la teoría de las ondas largas. La exposición tradicional de la ley en cuestión reposa sobre postulados implícitos que extrapolan un caso particular. Pero los resultados empíricos presentados aquí muestran que una versión más flexible se adapta bien a los ritmos económicos largos: la baja tendencial de la tasa de ganancia no es una tendencia permanente a la baja, es lo que hace pasar de una fase A a una fase B de la onda larga.

Los elementos que permiten llevar adelante este análisis remiten a un pequeño número de conceptos fundamentales (tasa de ganancia, distribución del valor agregado, eficacia del capital, productividad del trabajo, etc.) que son invariantes del modo de producción capitalista. Las modalidades de la crisis son evidentemente diferentes, pero remiten fundamentalmente a la naturaleza contradictoria del capitalismo. Para funcionar correctamente, este último debe a la vez producir con ganancia y vender las mercancías así producidas. Estas dos condiciones son contradictorias y no pueden ser duraderamente compatibilizadas porque el capitalismo no dispone de instrumentos de control de la economía que permitan regular duraderamente estas contradicciones. Son entonces las relaciones sociales fundamentales las que son cuestionadas: cada gran crisis combina un problema de mercado y un problema de valorización del capital. Si hay algo que aporta la teoría marxista

es la comprensión de esta naturaleza doble de la crisis, que es en el fondo bastante simple de aprehender. Cada capitalista busca reducir los salarios tanto como puede (sin cuidarse de los mercados globales) y busca aumentar al máximo su productividad frente a la competencia. El carácter privado y conflictivo de estas elecciones económicas no conoce ningún principio duradero que asegure la compatibilidad. A fin de cuentas, los diferentes procedimientos inventados para hacer mantener reunidas estas decisiones dejan de cumplir su función: la sobreinversión y la búsqueda de mercados vienen a pesar sobre las condiciones de rentabilidad.

Las ondas largas

Este rápido sobrevuelo se inscribe en la teoría de las ondas largas tal como las formuló Ernest Mandel o incluso, con variantes, Pierre Dockès y Bernard Rosier.⁷ Antes de enriquecer esta presentación, voluntariamente esquemática, conviene aportar un cierto número de consideraciones de método. La primera debería ir de suyo: el hecho de constatar la alternancia de fases en la historia del capitalismo se sigue del análisis empírico, pero no sugiere en sí una lectura que podría calificarse de teórica. Este señalamiento no debe en ningún caso desembocar sobre una visión fetichizada de la economía capitalista, que conocería en suma su propia “respiración”. Una aproximación semejante conduce a una posición límite perfectamente absurda pero presente en buena parte de las presentaciones superficiales, según la cual las vacas flacas y las vacas gordas se alternarían cada veinticinco años. Estaríamos entonces muy cerca de un retorno a una nueva fase de expansión por simples razones de calendario.

Para evitar semejantes resbalones, es necesario producir esquemas de interpretación que permitan rendir cuenta de esta sucesión de fases y, eventualmente, arriesgarse a hacer pronósticos. La explicación más natural, ya presentada en Kondratieff,⁸ consiste en relacionar esta periodicidad de un cuarto de siglo con la duración de vida de los grandes equipamientos. Esta lectura plantea la cuestión de la “ciclicidad” que consiste en preguntarse si puede transponerse a los ciclos largos el instrumental del análisis de los ciclos cortos. Este debate ya ha sido planteado en una crítica célebre que Trotsky dirigió en 1923 a la tentativa de Kondratieff “de estudiar las épocas clasificadas por él como ciclos mayores con la misma cadencia invariable que observamos en los ciclos menores: es una falsa generalización evidente a partir de un

análisis formal".⁹ Este punto de vista debería ir de suyo: el ciclo corto, llamado también ciclo Juglar, corresponde a un comportamiento de la acumulación del capital ampliamente admitido hoy y bien formalizado por el modelo que combina acelerador y multiplicador. Para resumir simplemente, el comportamiento de inversión anticipa las perspectivas de ganancias y reactúa más que proporcionalmente sobre las variaciones de la demanda. Puede entonces decirse que este ciclo es el producto de mecanismos internos del sistema económico, que constituye así un fenómeno endógeno y autoregulado. En este sentido, las inflexiones a la alta o a la baja del ciclo no dependen de acontecimientos exteriores favorables u opuestos, sino una vez más del funcionamiento normal de la economía: es por esta razón igualmente que la duración del ciclo es *grosso modo* equivalente a la duración de vida media de los equipamientos. A fin de subrayar bien esta diferencia con el ciclo menor, conviene hablar de ondas largas antes que de ciclos largos.

El segundo tipo de explicación hace jugar un rol específico a las innovaciones tecnológicas, en la tradición que se inspira en los trabajos de Schumpeter. Existe sobre este punto una abundante literatura que plantea la cuestión de saber si el ritmo de emergencia de las innovaciones puede rendir cuenta de la sucesión de las ondas largas. Para algunos, habría "racimos de innovaciones" que permitirían después de una eventual demora asegurar un crecimiento económico sostenido. Cada onda larga sería así asociada a una innovación o a la puesta en práctica de un "paradigma tecnológico" mayor. El término mismo de innovación subraya el hecho de que el sistema económico se transforma y que no se trata solamente del juego de mecanismos invariantes. Pero esta explicación no hace más que desplazar el problema, planteando la existencia de un ciclo tecnológico largo que vendría a imprimir su marca sobre la economía capitalista y, particularmente, su propia temporalidad. Esta exterioridad es evidentemente poco satisfactoria: ni la densidad de la innovación, ni el esfuerzo de investigación, ni la aplicación de las innovaciones a la producción y al consumo pueden ser tratadas de manera separada de la dinámica general de la acumulación. Vuelve a encontrarse en un extremo la pobreza de los análisis neoclásicos del crecimiento que lo explican por referencia a un progreso técnico "autónomo" o a un factor residual que no miden, bien leído esto da cuenta de la ignorancia de los economistas.

Evidentemente este debate es fundamental y se vuelve a encontrar en términos un poco diferentes cuando, a instancias de Mandel, se introduce una distinción entre el retorno a la baja (pasaje de la fase A a la

a la fase B) y el incentivamiento de una nueva fase de expansión. “La emergencia de una nueva onda larga expansiva no puede ser considerado como el resultado endógeno (dicho de otra manera, más o menos espontáneo, mecánico, autónomo) de la onda larga recesiva precedente, cualquiera sea su duración o su gravedad. No son las leyes del movimiento del capitalismo sino los efectos de la lucha de clases de todo un período histórico quienes deciden el punto de retorno. Lo que suponemos aquí es la existencia de una dialéctica entre los factores objetivos y subjetivos del desarrollo histórico, donde los factores subjetivos son caracterizados por una autonomía relativa, es decir, donde no son directa y unilateralmente predeterminados por lo producido anteriormente desde el punto de vista de las tendencias de fondo de la acumulación de capital y las mutaciones tecnológicas o por el impacto de estas evoluciones sobre la organización del trabajo mismo”.¹⁰

Este análisis nos parece fundamental y susceptible de constituir el marco de una síntesis entre el marxismo y un cierto número de análisis que se pueden calificar de regulacionistas, como los de Dockès y Rosier. El reproche que estos dos autores dirigen a la posición de Mandel, asimilada a la idea según la cual la lucha de clases sería “exógena”, nos parece que reposa sobre un *quid pro quo*, tanto más cuanto su propio relato de la sucesión de lo que ellos llaman “órdenes productivos” deja un amplio lugar a commociones que no son parte del funcionamiento estabilizado de una “forma/etapa” del capitalismo.

Esta concepción asimétrica nos parece por el contrario totalmente fundamental. Se intentó mostrar más arriba que el retorno a la baja remite en última instancia a las relaciones de producción capitalistas, y nos esforzaremos en mostrar a continuación cómo estas determinaciones generales se ejercen en un contexto diferente. Pero justamente el marco de conjunto en el que se desarrolla el juego de las contradicciones capitalistas no es producto de una generación espontánea y no sabría restablecerse con la irrupción periódica de innovaciones tecnológicas. Puede hablarse de modo de regulación, de orden productivo, pero lo esencial consiste en subrayar que no se trata justamente de un marco macroeconómico, para retomar la expresión de moda en la OCDE, sino de un conjunto de dispositivos, de instituciones, de normas, etc., que son producto de la lucha de clases, considerada en su sentido más amplio. La puesta en práctica de una nueva expansión no está entonces jamás garantizada; forma parte del tiem-

po específicamente histórico, y puede cada vez encarar vías diferentes.

Así, el fin de la Gran Depresión de hace cien años resulta a la vez del ascenso de un movimiento obrero dotado de proyectos programáticos claros y de partidos políticos ofensivos, de la expansión del imperialismo, de la difusión de innovaciones técnicas como el motor a explosión y la energía eléctrica.¹¹ La salida de la Gran Crisis de los años treinta tomó formas bárbaras —el fascismo y la guerra— pero el capitalismo de posguerra es igualmente heredero del New Deal o incluso de la ideología de la Resistencia en el caso francés. Es también el producto de la relación de fuerzas sociales establecida después de la guerra y, desde este punto de vista, el producto indirecto de la amenaza de la Unión Soviética y de los países llamados socialistas.

Reducir esta configuración de la posguerra a la difusión en la industria de la cadena taylorista sería evidentemente una simplificación inaceptable. La cuestión que se plantea aquí es propiamente la de la historicidad del capitalismo y del posicionamiento conveniente en relación a dos tesis polares igualmente truncas. De un lado, se puede imaginar un ultra-estructuralismo que insiste en la permanencia de las relaciones capitalistas y en su invariancia a través de las modificaciones de la superestructura. En verdad, nadie reivindica realmente semejante postura teórica, que constituiría una réplica bastante pobre a la actitud inversa y a decir verdad dominante que insiste sobre las transformaciones radicales de un sistema económico que, de golpe, sería erróneo bautizar como capitalista. Y, en la articulación de estas dos tesis reductivas, se encuentra finalmente esta verdadera cuestión: ¿tiene el capitalismo un stock inagotable de “hallazgos” (para retomar una expresión de Alain Lipietz) que garantizan que sabrá reanimarse e “inventar” nuevas formas que aseguren su dinamismo?

Es el debate de lo exógeno y lo endógeno y es un viejo debate entre catastrofismo (el capitalismo va a hundirse ineluctablemente) y armonicismo (el capitalismo es siempre capaz de reconstituir las condiciones de un funcionamiento relativamente armonioso). Dejemos estas cuestiones provisoriamente de lado para volver al examen del material empírico alrededor de estas cuestiones: ¿qué es de la permanencia de las determinaciones puramente capitalistas de la dinámica económica? ¿Y qué es lo que hace pasar de una fase a otra? La comparación, esta vez más minuciosa, de dos ondas largas parece conducirnos a propuestas más precisas sobre esta doble problemática.

La *Edad de Oro*: un paréntesis

Una de las diferencias más esclarecedoras entre las dos ondas largas concierne a la distribución del valor agregado. La parte de los salarios en el valor agregado es un buen indicador de lo que los marxistas llaman tasa de explotación. Ella aumenta —y la tasa de explotación baja— cada vez que el salario crece más rápido que la productividad del trabajo. La característica central de la primera onda larga es un aumento casi continuo de la tasa de explotación: el salario real aumenta muy lentamente, aun cuando la productividad del trabajo progresó bastante regularmente.

Nos encontramos aquí, entonces, ante un caso de figura clásica desde el punto de vista del análisis marxista, que se puede modelizar de la siguiente manera. Se tiene un crecimiento que ronda en torno de un ritmo moderado, del orden del 2%, pero con un ciclo corto y muy marcado que provoca recesiones cada cuatro o cinco años: -3,4% en 1901, -0,8% en 1906 y -3,2% en 1910. El salario real progresó débilmente en un 0,25% promedio por año entre 1896 y 1913. En este mismo período la productividad aumenta en un 1,8%: sigue muy de cerca la evolución de la producción. En estas condiciones, la parte de los salarios baja regularmente mientras que la tasa de ganancia se eleva de manera continua, aun cuando fluctúa en razón de los mini-ciclos. La tasa de acumulación es sostenida, el capital por cabeza aumenta, pero la eficacia del capital, dicho de otra manera, la relación producto/capital, permanece casi constante.

Cuando sobreviene la primera guerra mundial, los indicadores del capitalismo francés son entonces más bien buenos y la articulación entre la economía y la guerra se distingue completamente de los años treinta en este punto. Pero el vínculo existe no obstante, en la medida en que el modo de crecimiento de comienzos de siglo resuelve mal el problema de los mercados que el crecimiento de los salarios no puede asegurar. La lucha entre grandes potencias por la conquista de tales mercados hunde entonces sus raíces en un cierto tipo de funcionamiento del capitalismo.

Es un poco más tarde, después de las transformaciones de la guerra, que los límites intrínsecos a este modelo van a ser alcanzados. En Francia, será en 1925 que se efectuará el giro que se traduce por el paso a la baja de la tasa de ganancia. Sus modalidades pueden ser calificadas de "clásicas": caída pronunciada del crecimiento que se traduce por una acentuada disminución en el ritmo de crecimiento de la productividad. La mecánica recesiva se pone en marcha: el crecimiento del salario real hace bajar la tasa de margen, la acumulación se aplasta, la efica-

cia del capital deja de crecer y después comienza a retroceder, y la tasa de ganancia inicia una baja continua. Se puede estar de acuerdo con los autores de *La crisis del siglo XX* en subrayar que esta crisis es análoga a las crisis del siglo XIX: la determinación principal es aquí la contradicción que resulta del bloqueo de la demanda salarial y del agotamiento de las fuentes alternativas de mercados. Estas dificultades se encadenan a continuación con la otra dimensión de la crisis, la de la rentabilidad. Una vez más, es una crisis clásica en sus determinaciones, y muy conforme a los análisis del autor de *El capital*. Es en relación a este modelo que es necesario apreciar el carácter excepcional de la *Edad de Oro* y de su crisis.

Las diferencias que existen entre las dos ondas largas han sido largamente analizadas por los regulacionistas, que forjaron el término genérico de “fordismo” para designar la regulación específica del capitalismo de posguerra. La diferencia central reside probablemente en el modo de obtención y de distribución de las ganancias de productividad: éstas son en primer lugar muy superiores en el curso de la *Edad de Oro* y permiten hacer crecer los mercados a una velocidad semejante. La asalarización creciente y la parte creciente de los bienes manufacturados en la demanda salarial establecen un círculo virtuoso que asegura el mantenimiento de la tasa de beneficio.

Los modalidades que permiten el mantenimiento e incluso el aumento de la tasa de ganancia todo a lo largo de la *Edad de Oro* difieren en dos puntos decisivos de la *Belle Epoque*. De una parte, la tasa de plusvalía es constante a mediano plazo; las ganancias de productividad, que son por lo demás mucho más elevadas, son afectadas íntegramente a la progresión del poder de compra de los salarios, de suerte que la parte de los salarios permanece constante. La otra diferencia se encuentra en la evolución de la eficacia del capital, que tiende a aumentar hasta fines de los años sesenta y contribuye entonces a una evolución favorable de la tasa de ganancia.

Los regulacionistas insisten con razón en las formas institucionales que permitieron la obtención de estos resultados: intervención del estado, inflación, codificación de la relación salarial, etc. El período es igualmente excepcional si se considera que el pleno empleo es casi garantizado al mismo tiempo que la tasa de ganancia.

No es inútil recordar algunos elementos del aspecto de la época. A fines de los años sesenta, se habla de capitalismo regulado, organizado, de convergencia de los sistemas sociales. El hecho de que las fluctua-

ciones sean controladas, el crecimiento asegurado y el pleno empleo garantizado son presentados incluso como la adquisición de un capitalismo despejado de sus taras de juventud. La teoría keynesiana deviene dominante, los marxistas que se obstinan en hablar de contradicciones capitalistas son considerados como puros ideólogos, los pronósticos de la escuela estancionista anglosajona (Schumpeter, Steindl, etc.) parecen definitivamente batidos en retirada. No se trata solamente de discursos de propaganda, sino de realidades concretas que marcan la percepción misma por los asalariados de su inserción social: todo joven que llega al mercado de trabajo está casi seguro de encontrar un empleo y de que su poder de compra aumentará de manera casi automática. Las desigualdades no desaparecieron, pero se trata de una sociedad en movimiento donde cada uno tiene el sentimiento de progresar al mismo tiempo que los otros, lo que no es una pura ilusión.

Es este modelo el que va a desmoronarse progresivamente a partir de mediados de los años setenta y a perder poco a poco el secreto de sus éxitos. En este nivel muy general de análisis, la regresión de la tasa de ganancia se explica por una baja de la tasa de plusvalía asociada a una pérdida de eficacia del capital. Todavía puede decirse que la tendencia a la baja de la tasa de ganancia termina por arrastrarlo. Pero es evidente que estas leyes fundamentales juegan en un contexto específico y vienen a pesar sobre los constituyentes mismos del orden productivo que entra en crisis entonces.

En una conferencia pronunciada el 30 de diciembre de 1949 Schumpeter había resumido, con una suerte de fatalismo, los puntos de acuerdo entre los economistas de la época, que daban "su aprobación: 1. a las diferentes políticas de estabilización económica en vistas de prevenir las recesiones o, por lo menos, las depresiones -en otros términos, a una fuerte dosis de intervenciones públicas aplicadas a las coyunturas, incluso a la aplicación del principio de 'pleno empleo', 2. a la deseabilidad de una igualdad más grande de los ingresos (...), 3. a un rico conjunto de medidas de reglamentación de precios, frecuentemente racionalizadas sazonándolas con slogans dirigidos contra los 'trusts', 4. a un control público (...) sobre los mercados de mano de obra y de moneda, 5. a una extensión indefinida de la categoría de las necesidades que deberían ser, en el presente o en el porvenir, satisfechas por la iniciativa pública, sea gratuitamente, sea según el principio aplicado a la remuneración de los servicios postales, en fin, desde luego, 6. a todos los tipos de seguridad social".¹²

Las seis características enunciadas por Schumpeter presentan un doble interés. Ante todo, han sido formuladas al comienzo de la *Edad de Oro*, lo que muestra que la coherencia y la legitimidad socio-política de este modo de regulación eran ya perceptibles. Pero su actualidad viene también del hecho de que se trata *grosso modo* de la lista de los principales blancos de ataque de las políticas neoliberales. Es este retorno lo más sorprendente: todo lo que era presentado en la época como medios de regular el capitalismo y de asegurarle una eficacia máxima se vuelve su contrario y es hoy denunciado como obstáculo al buen funcionamiento de la economía.

Esta inversión de los valores permite esquematizar retrospectivamente los elementos de una síntesis articulada que evoca el estructuralismo genético de un Piaget. Hay para comenzar un sistema económico esencialmente contradictorio, con sus mecanismos de base que juegan de manera relativamente invariante en y sobre las estructuras socio-económicas puestas en juego y renovadas de manera periódica. Cada onda larga comienza por una puesta en práctica de un conjunto de dispositivos concretos que permiten desanudar y controlar durante un tiempo las contradicciones fundamentales del sistema. Estos dispositivos no son puramente económicos, y menos aún tecnológicos; son el producto de relaciones de clase específicas y requieren un cierto nivel de coherencia interna: la fase B precedente es un período de incubación, de puesta en práctica progresiva o al contrario de reestructuraciones violentas, de donde emerge un orden productivo relativamente estabilizado. Este último va a permitir regular las contradicciones fundamentales, pero esta “mega-máquina social”, para retomar otra expresión de Dockès y Rosier, va a ser a su vez sometida a la erosión regular originada en sus contradicciones. Al cabo de un cierto tiempo surge la gran crisis, que es también la entrada en crisis de las modalidades concretas de regulación bajo los ataques de las contradicciones fundamentales. Esta presentación legitima la asimetría de las ondas largas y la distinción entre endogeneidad (el juego de las leyes fundamentales) del retorno a la baja y exogeneidad (necesidad de innovaciones en un sentido muy amplio) de la puesta en práctica de la fase expansiva.

Lecciones de un siglo

¿Tiene un sentido la historia? Esta grave cuestión puede ser transpuesta aquí de la manera siguiente: ¿dispone el capitalismo de una reserva

inagotable de invenciones? ¿está garantizado de antemano el pasaje a la expansión? ¿se mejora de una onda larga a la otra o bien pueden imaginarse involuciones? Comencemos por este último punto: es evidente que el capitalismo de los años sesenta realizó performances económicas y sociales excepcionales y que representaba en relación a las fases precedentes un modo de funcionamiento superior en todos los dominios. Muchos consideraron que se trataba de adquisiciones irreversibles, que el capitalismo de hoy no tenía gran cosa que ver con su modo de funcionamiento anterior, y es por lo demás sobre esta base que los regulacionistas relegaron la teoría de las ondas largas. Así Robert Boyer escribe: "Puede dudarse de que los años 1950-1973 se inscriban en la estricta continuidad de los Kondratieff anteriores. Tanto desde un punto de vista cuantitativo como en términos de análisis socio-institucionales, las diferencias lo arrastran sobre las similitudes: el ritmo y la estabilidad excepcionales del crecimiento en el curso de este período ameritan explicación".¹³

Mientras tanto, lo que pasa desde hace quince años muestra que este punto de vista es poco a poco contradicho por los hechos: sobre buena parte de los puntos, el funcionamiento concreto del capitalismo detuvo su máquina y deshizo progresivamente lo que había sido puesto en práctica en la inmediata posguerra. La *Edad de Oro* aparece como un paréntesis hoy cerrado y no como una etapa irreversible. Al contrario, la crítica de las utopías posfordistas que describen un modo de regulación que podría instaurarse en plazos relativamente breves conduce incluso a una hipótesis inversa: ¿y si el capitalismo hubiera simplemente agotado su stock de modelos? Es un debate que no puede más que evocarse aquí, pero que abre un campo nuevo de reflexiones: si se razona de manera abstracta sobre las condiciones de viabilidad del sistema capitalista, se constata que las dos ondas largas del siglo XX corresponden a dos esquemas polares, pero que no es fácil imaginar un tercero: el retorno progresivo al esquema neo-liberal muestra en todo caso que las fuerzas del recuerdo que pesan sobre el capitalismo no bastan para hacer emergir un nuevo modelo, más allá de discursos truncos que lanzan hacia adelante tal o cual elemento parcial que no alcanza para hacer sistema.

Esta reflexión conduce a preguntarse si la evolución lógica y la superación positiva del capitalismo organizado no habrían debido ser una socialización gradual de la economía. Algun tiempo después de la explosión de la crisis, Valéry Giscard d'Estaing explicaba que, más allá

del 40% de descuentos obligatorios, era el socialismo. Y, un poco más tarde, cuando el giro hacia el rigor, François Mitterrand parecía responderle decidiendo que debía impedir que aumentara la tasa de descuentos obligatorios. Desde el punto de vista histórico, había finalmente en la propuesta de Giscard una gran parte de verdad. La puesta en práctica del estado-providencia, la existencia de un sector público importante, el desarrollo de la producción social así como el reconocimiento de un cierto número de valores legítimos (derecho al empleo, socialización de una parte creciente del ingreso y del nivel de vida), todo esto conducía a una socialización progresiva de la economía de la que el programa común de la izquierda era en el fondo la expresión política.

El tema de la convergencia entre los sistemas económicos y sociales era en la época (¡todo esto está tan lejos!) un tema mayor levantado por un cierto optimismo reformista. Este homenaje del vicio a la virtud (o recíprocamente) volvía a encontrarse principalmente en el tercer mundo, ámbito de expansión de los dos grandes bloques. Y no es una de las menores paradojas de las políticas desarrolladas que hayan podido ir hasta el extremo de tomar preventivamente medidas radicales. Corea del Sur, que representa desde este punto de vista un laboratorio excepcional, no solamente se benefició del flujo de capitales, sino que las autoridades americanas impusieron allí una profunda reforma agraria. De manera general, se toleraron las orientaciones mixtas que no tenían mucho que ver con la apertura a todo trapo a los capitales extranjeros y la prioridad absoluta dada a las exportaciones que definen hoy la orientación esencial impuesta a los países del tercer mundo por las instituciones de eso que sería necesario denominar un neoimperialismo.

Una forma de socialización progresiva de la economía era entonces, en abstracto, una salida posible a la entrada en crisis de los años setenta. Se inscribía en la lógica de conjunto de esta fase histórica estructurada alrededor de un nivel creciente de organización del capitalismo. A este destino le faltaron los instrumentos políticos portadores de un reformismo radical que hubieran vuelto realista la puesta en práctica del programa común, haciéndolo levantar por los asalariados en lugar de remitirse a la sabiduría estática, y creando las condiciones sociales de su aplicación efectiva. Hay allí posiblemente una ocasión trunca que condujo a la lenta deriva hacia las soluciones de recambio neoliberales: éstas no representan un recurso fácil, su puesta en práctica implica un trabajo sistemático de deconstrucción de las formas institucionales del

fordismo y sin duda, de antemano, de desconsideración ideológica de los valores fundamentales del Estado-providencia.

La fase actual

La teoría de las ondas largas debe ser comprendida como un anti-determinismo. Si las condiciones de emergencia de una nueva fase de expansión son exógenas a la máquina social del capitalismo, entonces nada garantiza que serán de nuevo reunidas, que serán “inventadas” nuevas formas institucionales, que nuevos “hallazgos” tendrán lugar. El capitalismo no está programado para volver a partir hacia la expansión cada veinte o veinticinco años, en la medida en que este proceso social funciona en un contexto social e histórico específico. El hecho de que el nazismo y la guerra hayan marcado el fin de la onda larga recesiva precedente no debe en ningún caso conducir a la tesis absurda según la cual es la única vía posible. El retorno de 1895 que marcó el fin de la Gran Depresión ha sido desde muchos puntos de vista mucho menos costoso socialmente. En fin, los ritmos pueden igualmente cambiar: entre la gran crisis de 1929 y la caída del nazismo no hay más que dieciséis años, dicho de otra manera, menos tiempo que el que transcurrió desde la entrada en crisis de mediados de los años setenta.

Esta puesta en perspectiva no debe, sobre todo, desembocar en una visión repetitiva de la historia del capitalismo. Debería más bien invitar a aprehender bien los rasgos específicos del período que vivimos. El mismo está marcado por una crisis de los elementos constitutivos de la *Edad de Oro* vieja ya en una generación. Las mutaciones y las restructuraciones no convergen hacia un nuevo modelo expansivo, sino al contrario, organizan el retorno progresivo a una regulación pre-fordista, donde el salario real está bloqueado mientras que las ganancias de productividad son afectadas casi íntegramente a la ganancia distribuida bajo la forma de ingresos financieros.

Pero esta ofensiva neoliberal se despliega de una manera extremadamente estirada en el tiempo, no pasa por una ofensiva frontal, por una guerra de clases relámpago. Es que encuentra frente a sí un conjunto de conquistas sociales, fruto de decenios de lucha, que habían sido institucionalizadas durante la *Edad de Oro* como otros tantos elementos en adelante constitutivos de la eficacia capitalista. En particular, la referencia al pleno empleo que había fundado la legitimidad del capitalismo de pos-guerra no podía de la mañana a la noche ser reemplazada por un retorno a las formas más brutales de regulación del

mercado de trabajo. Las tasas de desempleo son hoy extremadamente elevadas, pero fueron necesarios veinte años para arribar a ellas y su efecto sobre la baja de los salarios se debilita con el paso del tiempo. El capitalismo tal como lo encontraron los neoliberales es entonces extremadamente inerte y esta es, por lo demás, una de las razones que explican que la crisis tome hoy en numerosos países la forma de una crisis de los gastos públicos.

El aumento de los déficits registra esta incapacidad de las políticas neoliberales de aplicarse plenamente. Estas políticas registraron éxitos en dos puntos: del lado de los recursos, la contra-reforma fiscal consistió en exonerar progresivamente los ingresos del capital; la política presupuestaria ha sido por su parte vaciada progresivamente de sus elementos contra-cíclicos, de tal suerte que la reciente recesión hizo sobrepasar un nivel considerable de la deuda pública. Pero el otro aspecto neoliberal, a saber el adelgazamiento de los presupuestos sociales, no pudo avanzar con la misma velocidad, y la diferencia entre los dos explica el déficit público y manifiesta al mismo tiempo la sorda resistencia social y la defensa, que puede ser totalmente pasiva o activa, de aquello que los trabajadores piensan que es un derecho inalienable. Las variaciones sobre el tema del salario mínimo es uno de los puntos claves de toda política neoliberal que se respete. Pero la resistencia que se manifestó, comprendida la desarrollada de manera violenta cuando la tentativa de instaurar un SMIC-jóvenes, condujo, después de numerosas discusiones en las instancias políticas y lugares de reflexión de las clases dirigentes, a cambiar de táctica. El SMIC es restablecido y se paga incluso el lujo de recuperar las pérdidas de poder de compra que había registrado. Pero es para utilizar otras vías más indirectas de ataque contra el salario, dicho de otra manera, centrándose en el salario indirecto. Empero, ahí también el ataque a la protección social conserva un potencial de movilización importante. Es en esta resistencia social donde reside la principal explicación del estiramiento en la longitud de la fase recesiva.

La crisis del trabajo

El segundo rasgo importante del período es que el capitalismo no tiene legitimidad de recambio que ofrecer y que es estructuralmente incapaz de tratar la cuestión del desempleo. Es necesario beneficiarse aquí de los datos históricos producidos para torcer el pescuezo a la idea simple y ampliamente expandida como una evidencia según la cual el desem-

pleo de masas es provocado por las mutaciones tecnológicas. Existen pocas formulaciones teóricas tan fáciles de refutar como esta. Si se toma al pie de la letra el discurso dominante sobre las mutaciones tecnológicas y las nuevas formas de organización del trabajo, debería constatarse en efecto la coincidencia entre aceleración de la productividad y aumento del desempleo: éste sería el subproducto de un formidable salto adelante de la productividad social, tan brutal que la creación de empleos quedaría duraderamente a la zaga. Ahora bien, es exactamente lo inverso lo que se constata a partir de los datos de la tabla 1 de más arriba: las fases de crecimiento del desempleo, sea el período 1925-1939 o incluso el que vivimos desde hace veinte años, no se caracterizan por una aceleración de la productividad. Se trata aquí de un resultado muy fuerte, que no deja ninguna duda a pesar de la imprecisión de este tipo de datos globales. La productividad horaria del trabajo aumentó en Francia en 2,1% desde el comienzo de la crisis; durante los años de expansión y de pleno empleo, esta progresión era de 5,1%. Esta relación inversa es verificada sobre el conjunto del ciclo: en las fases A, la productividad del trabajo aumenta más rápido, pero el volumen de trabajo (es decir, el número total de horas trabajadas) baja menos rápido y el número de empleos creados aumenta más rápidamente.

De hecho, el ritmo de progresión actual es un ritmo medio a escala del siglo: ciertamente superior al que era durante la primera onda larga, pero una vez más muy inferior al crecimiento medio de posguerra. Hay ahí un enorme problema en relación con los discursos convencionales, a tal punto que se la bautizó “paradoja de Solow” a partir de un artículo del premio nobel de economía en que éste exclamaba que se veían en todas partes los efectos de la informatización, salvo en las estadísticas de productividad.¹⁴ Y hay sobre todo un índice de crisis muy profundo, no solamente económico, que proviene del hecho de que la eficacia capitalista es incompatible con la obtención del pleno empleo mientras que éste permanece como una aspiración mayor y legítima de las sociedades contemporáneas.

Otra manera de considerar la medida de la amplitud de la crisis consiste en subrayar el carácter excepcional de la configuración reciente del beneficio y el crecimiento: el primero se restableció en un nivel equivalente al de la *Edad de Oro*, mientras que el crecimiento se sitúa bien por debajo del que había podido alcanzar durante esta fase de expansión excepcional. El capitalismo volvió a entrar en sus marcas, y

sus resultados en términos de crecimiento, de productividad y de empleo durante los veinte últimos años son extraordinariamente vecinos de la media del siglo: es suficiente comparar las dos últimas columnas de la tabla 1.

Crisis del sistema económico, ofensiva neoliberal sistemática pero avanzando a un ritmo relativamente lento, pérdida de legitimidad y retorno al estado salvaje del capitalismo: los últimos años del siglo podrían ser los de la emergencia de una alternativa social renovada en vistas a superar un sistema cada vez más mezquino en relación con las necesidades de la humanidad, o al menos a prevenirse de los efectos desastrosos de sus derivas. Es posiblemente otra moraleja, provisoria, de la historia de este siglo: nada es equiparable a la amenaza de una revolución para obtener reformas positivas. Desde este punto de vista, desde que de alguna manera fué librado a sí mismo, el capitalismo hizo en la práctica la elección de entrar en el tercer milenio reculando.

Referencias

- ¹ Dobb, M.: *Etudes sur le développement du capitalisme*, Maspero, 1970.
- ² Mandel, E.: *Long waves of capitalist development*, Cambridge University Press / Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1980. Una edición puesta al día acaba de aparecer en Gran Bretaña, y debería ser objeto de una traducción al francés.
- ³ Villa, P.: "Un siècle de données macroéconomiques", en INSEE Résultats, núm. 303-304, abril de 1994. Agradecemos a Pierre Villa habernos facilitado el acceso a estos datos.
- ⁴ Mazier, J. / Baslè et Vidal, J.-F.: (1993) -Quand la crise durant..., Economica, 1993.
- ⁵ Boyer, R.: "La crise actuelle: une mise en perspective historique", en *Critiques de l'économie politique*. núm. 7-8, abril-septiembre de 1979.
- ⁶ La expresión es empleada por Joan Robinson en *l'Accumulation du capital*, Dunod, 1972. Ella es igualmente utilizada por Angus Maddison en *Phases of capitalist development*, New York, Oxford University Press, 1982.
- ⁷ Dockès, P. / Rosier, B.: *Rythmes économiques, crisis et changement social - une perspective historique*, La découverte-Maspero, 1983. Puede también recurrirse a su obra más reciente, *l'Histoire ambigué*, PUF, 1988, particularmente al capítulo 5.
- ⁸ Kondratieff, N. D.: *Les grandes cycles de la conjoncture*, Económica, 1992.
- ⁹ Trotsky, L.: "La courbe du développement capitaliste", en *Critiques de l'économie politique*, núm. 20, abril-junio de 1975.

¹⁰ Mandel, E.: obra citada.

¹¹ Sobre este tema, el capítulo 4 del libro de Dockès y Rosier de 1983 propone una remarcable síntesis.

¹² Schumpeter, J.: Capitalisme, socialisme et démocratie, Payot, 1969.

¹³ Boyer, R.: "Réflexions sur la crise actuelle (II)", en Revue française d'économie, vol.II, 3, 1987.

¹⁴ Solow, R.: "We'd better watch out", en New York Times Book Review, 12 de julio.

(*Traducción del francés: Alberto Bonnet.*)

